

MARTORELL CAMPOS, FRANCISCO 2021, *Contra la distopía. La cara B de un género de masas*, Valencia: La Caja Books. ISBN 978-84-17496-54-8, 256 páginas

El pesimismo no consiste en cansarse del mal sino del bien.  
G. K. CHESTERTON, *El hombre eterno*

Los estudios distópicos —o el distopismo— no existen. Más bien, las personas que comentan sobre las distopías suelen pertenecer a uno de los grupos enfocados en sus propios intereses: los estudios dentro del ámbito de la cultura y literatura —especialmente la cultura de masas y la ciencia ficción—, así como los estudios utópicos que a veces llamamos “utopismo”. Es desde la perspectiva del pensamiento utópico o contra-utópico que se critican, por ejemplo, los totalitarismos. Algunos, como Claeys (*Dystopia: A Natural History*, Cambridge University Press, 2017), creen que la imaginación distópica desapareció después de la Segunda Guerra Mundial. Desde este punto de vista, cualquier persona que intente enfocarse en las distopías se enfrenta a numerosos problemas, como el desprecio del sujeto en el ámbito académico debido a su carácter popular, la falta de publicaciones comprensivas, la falta de una definición clara y vigente, así como la diversidad del material investigativo, que incluya, aparte de libros, también series, videojuegos, películas.

Mientras tanto, son las narraciones con un carácter distópico, más que utópico, las que gozan de popularidad dentro de la cultura globalizada, especialmente en los últimos años, y son estas las que se imparten en las aulas. Las sociedades occidentales, por lo tanto, están expuestas a las narraciones pesimistas cuya naturaleza e influjo en los modos del pensamiento son poco estudiados. Estos motivos han llevado a los investigadores contemporáneos, como Tom Moylan y Rafaela Baccollini, a formar grupos de investigación para iluminar la imaginación distópica y entender mejor este fenómeno. A esta tendencia nueva también pertenece el libro de Francisco Martorell Campos, ya conocido como “el defensor de la utopía”, que nos ofrece un ensayo corto pero que invita a una lectura intensa y enganchadora.

Como todos los investigadores de la distopía, Martorell se enfrenta a los mismos problemas a la hora de definir el fenómeno y justificar su estudio. Aunque la portada del libro anuncia un ensayo “contra la distopía,” y esto es indudablemente lo que el autor nos proporciona a continuación, pues su

reflexión empieza con una confesión íntima y más bien provocativa: “*Amo las distopías*” (11). El autor pretende sorprender al lector, y es, por lo tanto, una voz de naturaleza principalmente retórica; pero también es una parte importante del argumento. Al hablar desde el principio sobre las emociones fuertes asociadas a la recepción de los textos distópicos, Martorell nos hace pensar críticamente en nuestra propia experiencia y hace referencia oculta a los procesos y técnicas de la psicopolítica, que descansa en la gobernanza de la población a través de sus reacciones emocionales. Como señala Byung-Chul Han en su famoso libro:

Radicalmente más eficiente es la técnica de poder que cuida de que los hombres se sometan por sí mismos al entramado de dominación. Quiere activar, motivar, optimizar y no obstaculizar o someter. Su particular eficiencia se debe a que no actúa a través de la prohibición y la sustracción sino de complacer y colmar. En lugar de hacer a los hombres sumisos, intenta hacerlos dependientes.

El poder inteligente, amable, no opera de frente contra la voluntad de los sujetos sometidos, sino que dirige esa voluntad a su favor. Es más afirmativo que negador, más seductor que represor. Se esfuerza en generar emociones positivas y en explotarlas. Seduce en lugar de prohibir (HAN 2014, *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas del poder*, Herder Editorial, 28-9)

En una entrevista para *CTXT*,<sup>1</sup> Martorell explicó que el libro es la continuación de *Soñar del otro modo* (La Caja Books, 2019) que defiende el pensamiento utópico. Lógicamente, el libro sobre la distopía debería condenar esas narraciones e imaginaciones que, promovidas como el fusible de la rebelión, en realidad alaban al conservadurismo y obstaculizan el cambio, presentando el sistema reinante como el único mundo que existe. Hoy en día, el fin del capitalismo es imaginable —pero solo como el fin del mundo—. No tenemos ni idea de qué y cómo actuar en el camino hacia romper el yugo del sistema. “¿Podemos barruntar el fin del capitalismo? Desde luego, aunque solo como corolario del fin del mundo” (40). Dicho de otro modo: “No hay alternativa” (39). En consecuencia, el libro está dividido en apartados que son un intento de hablar a fondo y argumentar a favor de la tesis principal: que las narraciones distópicas prevalentes del día de hoy sirven para perpetuar —más que denunciar— lo malo que nos hace sufrir ahora. A través del destino del

<sup>1</sup> PEÑAS, Esther 2021, “Padecemos un placer obscuro en sentirnos los más desgraciados de la historia”, entrevista con Francisco Martorell Campos, *CTXT*, 278, noviembre. <https://ctxt.es/es/20211101/Culturas/37900/placer-francisco-martorell-distopia-libro-entrevista-esther-penas.htm>

protagonista, a menudo trágico, nos inculcan el miedo ante la separación del grupo.

La primera parte pinta la imagen del “Distopiland”. El autor relata la popularidad de la imaginación distópica en las últimas décadas e intenta enfrentarse a las afirmaciones que nos venden a diario los medios de comunicación. Empieza por preguntarse: ¿acaso, a causa de la pandemia, ya vivimos en una distopía? El miedo vinculado a la muerte inminente, la popularidad de las teorías conspiratorias y el confinamiento les hicieron pensar hasta a los especialistas en utopismo en las similitudes entre la situación actual y la realidad distópica. La pandemia Covid-19 sirve aquí como un buque insignia para todo el conjunto de acontecimientos que nos hicieron recordar de los relatos distópicos. Sin embargo, como afirma Martorell, los eventos vinculados a la pandemia no cumplen realmente los requisitos para considerarlos distópicos: no emergen de las acciones de autoridades sino de la presencia de un virus, algo que es transitorio —y que ya despertó consecuencias positivas, a favor de la transformación político-social—.

El apartado que veo como el más llamativo en esta sección es “Ser feliz en el infierno”. A menudo, en el debate actual, debatimos sobre la manera de sobrevivir en el mundo distópico y buscamos esperanza allá donde, efectivamente, no se podrá encontrar. *Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate*. Me parece valiosa la distinción de Polak que encontramos en la última sección, entre el pesimismo existencial y el optimismo volitivo, que continúa la reflexión sobre la felicidad y esperanza en la distopía. El pesimismo existencial debería fomentar la rebelión contra el presente indeseado. No obstante, el problema empieza (algo que nota Martorell) cuando nos fijamos demasiado en el presente indeseado; hasta nos peleamos con el sistema injusto y deshumanizante, pero sin hacernos con el optimismo para el futuro, el optimismo que navega mediante la razón y voluntad de construir el mundo mejor. Sin este optimismo, es luchar en vano.

Sin embargo, incluso tendiendo la visión, a menudo puede pasar que el esfuerzo para derrumbar el sistema e instituir uno mejor parezca inútil al no ver los resultados inmediatos de la lucha, con lo cual, la esperanza en el sentido práctico puede disiparse, debilitando el optimismo volitivo. ¿Qué hacer, entonces? A mí, personalmente, las distopías me generan precisamente este tipo de reflexión. Mi primer contacto con ellas fue durante un curso de literatura en la secundaria. Fue entonces cuando leí *1984* de George Orwell, un libro que exuda pesimismo profundo frente a la posibilidad de escapar del mundo opresivo. Sin embargo, y a lo mejor por la experiencia histórica polaca, así como efecto de las lecturas de relatos históricos —de, por ejemplo, Gustaw Herling-Grudziński (*Un mundo aparte*, 1951)—, las distopías me hacen pen-

sar en la victoria moral de las víctimas del sistema distópico: aquella victoria que perpetúa la esperanza en el renacimiento, algún día, de un mundo mejor. La resistencia hasta la última, en sí, es la lección de los relatos distópicos: obviamente, demuestran que el mundo es malo y su destrucción no lleva a ningún sitio; es decir, no ofrecen nada en cambio. Pero, al mismo tiempo, aseguran que “*it is in the darkness of agony and exhaustion that the spirit of man burns most brightly*”, como dice Alistair MacLean en su célebre *Los cañones de Navarone* (*The Complete Navarone*, Harper Collins, 2013, 113). En algún sentido, nos dicen que incluso si no vemos la salida ahora, hay que confiar: que existe, que sí está en algún lado, y que vale la pena buscarla.

En este contexto, con frecuencia se invoca a Italo Calvino y sus *Ciudades invisibles*, donde el autor sugiere que “El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio” (*Las ciudades invisibles*, Minotauro, 1988, 175) He aquí el encanto de las distopías: no es la solución que ofrecen —porque, a lo mejor, esa no existe—, pero la fe que despiertan que quizá, y hasta en el mundo distópico, uno pueda conservar los valores universales. No nos enseñan cómo cambiar el sistema, sino qué hacer al llegar al momento cuando, efectivamente, ya no nos quedan más fuerzas o recursos para cambiarlo. Dicho de otra manera: nos dan las pistas de cómo preservar la humanidad en el sistema deshumanizante.

Martorell se inclina igualmente al comentario político. También es verdad que las utopías y distopías son más que un juego y mera ficción dentro de los buscamos únicamente el entretenimiento. Por eso es natural que llaman a la lectura crítica dentro de la perspectiva de lo que es su función social. Pues para promover este argumento, la segunda parte retrata el paisaje distópico, tal y como sugiere su título: “La distopía retratada”. Martorell empieza definiendo de manera clásica la distopía y las divisiones típicas que ocurren en la literatura del sujeto. Luego, desde el quinto apartado, introduce la división entre las distopías derechistas e izquierdistas; lo hace a pesar de lo imposible que es juzgar arbitrariamente la inclinación política de una u otra distopía, ya que “ni todas las utopías y distopías son izquierdistas, ni todas las antiutopías derechistas” (102). En los párrafos siguientes, el autor demuestra el uso reaccionario de la distopía; argumenta a favor de la tesis que “la distopía ha sido domesticada y mercantilizada por el sistema” (87) y, en lugar de fomentar el cambio, cumple las funciones conservadoras, igual que la antiutopía, con lo que se impone a los lectores y espectadores con el sentido de resignación.

La tercera parte recibió el título de “Distopía: la cara B”, la versión corta del título completo del libro (*Contra la distopía: la cara B del género de masas*). Es la parte más larga del ensayo, donde el autor analiza en profundidad varios aspectos de la distopía, apoyándose en amplio material de textos variados y, veamos, no solamente contemporáneos. Aquí, el comentario político-social se mezcla y dialoga con aquel sobre la recepción de los textos distópicos. Todos estos aspectos están vinculados entre sí, mientras que el argumento general en esta parte del ensayo sigue la lógica de otorgar la importancia capital a lo emocional y subjetivo en el mundo narcisista, neoliberal, el de la sociedad líquida y la psicopolítica.

En el sistema neoliberal la tensión entre la individualidad y el ser colectivo gira en la dirección de responsabilizar al ciudadano tanto por los males que le pasan a éste, como por el estado del mundo entero. “Distopiland” nos hace pensar en *Qualityland* (2017), la novela satírica de Kling Marc-Uwe, donde todo está sometido al principio de placer, así como en el maremágnum de prácticas y modas contemporáneas que nos invitan a que nos adaptemos a la realidad y no pretendamos a transformarla. Para dar un ejemplo: Ronald Purser (*McMindfulness: How Mindfulness Became the New Capitalist Spirituality*, Repeater, 2019) critica la popularidad de “mindfulness” (atención plena) y subraya los efectos indeseados de creer que el individuo posee el poder de ser feliz, y en consecuencia, de concentrarse en la experiencia subjetiva y su control, sin pensar en introducir cambio alguno en el sistema dañino. Analógicamente, Martorell también critica el individualismo: lo hace refiriéndose a “Happycracia” (48-9), que demuestra como el sistema actual culpabiliza a los individuos de no saber o no poder apreciar los beneficios del mundo en su estado actual. Sin embargo, Martorell hace una distinción importante entre dos actitudes que, aunque compartan algunos rasgos, se colocan sobre unos fundamentos diferentes. “Distopiland y Happycracia comparten la desconfianza ante el futuro y participan de la clausura de la imaginación política. Una las exterioriza produciendo miles de mañanas descorazonadores; la otra, apremiándonos a vivir el presente, a disfrutar de los pequeños placeres del aquí y ahora sin preocuparnos de lo que pase mañana, por no hablar del siglo próximo.” (49) Aunque las dos realidades paralizan al ciudadano y le impiden actuar, la base de “Happycracia” es placer, mientras que “Distopiland” se basa en el miedo. En el apartado octavo de esta parte del libro, Martorell habla de la “política del miedo”, empezando por la oposición entre el miedo y la esperanza. Para mí, sin embargo, el miedo y la esperanza no son conceptos opuestos, algo que los situaría sobre el mismo eje; los veo demasiado diferentes como para aceptar tal propuesta. Sería interesante leer más sobre cómo se podría entender la esperanza como componente de un dualismo similar para no caer en la trampa de

oposición sencilla entre la oscuridad, el miedo y la resignación por un lado y la luz, la esperanza y la felicidad por el otro.

En cuanto a la recepción de la ficción distópica, Martorell resume el experimento de Jones y Paris que supuestamente demuestra la radicalización de jóvenes por su exposición a las narraciones distópicas, como *Los juegos del hambre*. Es verdad que dentro de los estudios sobre la literatura juvenil se suele pensar en los relatos distópicos como parte de la pedagogía radical y una forma de sensibilizar a los jóvenes frente a los males del mundo existente. Sin embargo, Martorell se niega a aceptar la conclusión optimista de estos estudios. En primer lugar, según Martorell, se nota que los jóvenes no saben trasladar al mundo real lo que hayan aprendido dentro de la ficción. No es de sorprender: los personajes en las distopías para jóvenes son más atractivos y parecen más reales que los tailandeses (el ejemplo que da Martorell), los ucranianos, los sirios, o los pueblos de tantos otros países más que sufren opresión.

La actitud a la realidad no cambia; son los temas de las protestas o de las consecuencias del desarrollo tecnológico desbordado que están “frivolizadas” (128) y teatralizadas, con lo cual no solo cumplen primariamente la función lúdica, sino también nos hacen pensar en el mundo real como un teatro. En lugar de pensar en tomar acción para instituir el cambio, puede que decidamos por seguir algún u otro movimiento por tan solo su valor estético o su habilidad de despertar la fuerte emoción. En general, pensando también en los argumentos de los apartados siguientes de esta parte del libro, donde se analizan las distopías ecológicas y tecnológicas, el dualismo realidad-apariencia parece clave para entender el fenómeno de distopías de hoy y para asesorar su función político-social.

El libro termina con “Coda: Doce tesis sobre la distopia para los herejes de Distopiland”. Mediante estas, Martorell brevemente resume los puntos que aparecieron previamente. Ve la *distopofilia* como una moda peligrosa, un síntoma de una sociedad paralizada por el miedo y que no promete ningún cambio. Es más bien una pesadilla colectiva que una llamada al cambio verdadero. “La cara B” no solo significa el lado oculto del fenómeno que se suele presentar como algo positivo, sino también el lado oscuro de la sociedad donde hay muchos grupos que se entregan a la imaginación y ficción del cambio, las protestas sin sentido ni plan, la lucha sin objetivos y, efectivamente, sin fin.

Esta pesadilla colectiva lleva al autor a diagnosticar el inconsciente social y político y reclamar la necesidad de pensar en el futuro mejor e intentar de construirlo. La sociedad debería superar este “fatalismo paralizante que cancela la facultad de imaginar lo venidero en términos constructivos, capaces de originar proyectos transformadores y horizontes compartidos con los que procurar mejorar las cosas” (13). Paradójicamente, parece que uno tenga que soñar “de

otro modo” para liberalizarse de la prisión de otros sueños, en este caso: sueños nocivos.

Hemos aquí donde nacen las preguntas: ¿será del todo posible liberarnos del mundo de los sueños? ¿Cómo encontrar el equilibrio entre soñar y actuar? ¿Acaso se someten los sueños colectivos a los procesos subconscientes, propios de la narrativa del psicoanálisis? ¿Cómo evitar la trampa de psicología barata de los sueños políticos? Las paradojas y cuestiones parecidas, así como las dualidades interesantes (como la oposición entre el miedo y la esperanza) pueden servir como inspiración para el debate académico o las publicaciones siguientes, que, a su vez, pueden interesar no solamente a los especialistas en los estudios utópicos, pero a todo aquel que muestre interés por el bien público.

ANNA BUGAJSKA

*Universidad Jesuita Ignatianum, Cracovia*